

○ Yoko Tawada



El ojo desnudo

¿Qué se siente al no tener nombre, identidad, idioma, hogar, país? La protagonista de *El ojo desnudo* pasa de lo cotidiano a lo desconocido, de la familiaridad del encierro al desconcierto de un mundo sin fronteras, de su natal Vietnam a Alemania y de ahí a París. La identidad de la joven se transforma y se borra una y otra vez: vive con gente de la calle, se ofrece como voluntaria para una serie de experimentos dermatológicos, falsifica su pasaporte, sobrevive a base de lo que encuentra en los botes de basura. Ese eterno estado transicional despierta en ella una obsesión por Catherine Deneuve de quien ve, una y mil veces, todas sus películas: «Ya no existía una mujer que se llamara “yo” porque Usted era la única mujer para mí, por lo tanto yo no existía». Esta novela —que se desarrolla entre las distintas personalidades que adopta la protagonista, diferentes países, idiomas, sistemas políticos; entre la adolescencia y la adultez, y las distintas formas de la sexualidad— nos ofrece una mirada desnuda al mundo contemporáneo donde lo que debe ser es a veces tan terrible como lo que no debería existir jamás.

Para c.d.

1. REPULSIÓN

Un ojo filmado, adherido a un cuerpo inconsciente. No ve nada porque la cámara ya le ha robado el poder de la vista. La mirada del lente anónimo chupa el suelo como un detective sin gramática. Una muñeca, otra muñeca, un florero, un cactus, una televisión, un cable, una canasta, la esquina de un sofá, un pedazo de alfombra, migajas de galleta, terrones de azúcar, una vieja foto de familia. Allí se ve a una joven que mira fijamente en diagonal hacia donde no hay nada. El ojo de la niña se hace cada vez más grande, siempre se desdibuja mientras se enfoca, ahora parece una mancha sobre una hoja de papel. ¿Quién podría saber después que alguna vez fue un ojo? La cámara retrocede lentamente. Junto a un sofá volcado hay un armario de cabeza, no se puede reconstruir ninguna historia de este paisaje en ruinas.

En esta película, la vi por primera vez a USTED. Un año antes yo todavía estaba en el bachillerato de una escuela en Ho Chi Minh, que antes se llamaba Saigón y que todavía con frecuencia era llamada así. Los maestros me consideraban la mejor estudiante. Mis calificaciones eran insuperables. Esa primavera, nuestra escuela recibió una invitación de la RDA para que un estudiante fuera a Berlín a una reunión internacional de jóvenes. Querían escuchar una voz auténtica sobre el tema de «Vietnam como víctima del imperialismo estadounidense». El director de nuestra escuela tenía una buena relación con la RDA, también había estado allí. Nos había contado varias veces sobre su estancia en

Berlín y sobre un cierto «Pergamonmuseum». «Pérgamo» sonaba como a nombre de ave de paso y nos gustaba la idea del cielo de Berlín donde ese pájaro aleteaba. En una sesión extraordinaria los maestros decidieron enviarme a Berlín. En general, yo escribía trabajos muy claros, además tenía una voz potente, de modo que durante los festivales deportivos o la recepción de invitados especiales, con frecuencia yo participaba en las presentaciones. Aparte, quizás entre los adultos daba la impresión de que no era fácil persuadirme.

Era la primera vez que volaba en mi vida. Me entusiasma el viaje y no podía imaginarme que algo peligroso pudiera pasarme. Pero ya que un cierto miedo transfiguraba los rostros de los familiares y amigos que me llevaron al aeropuerto, comencé a preocuparme. Quizá me habían ocultado algo para no preocuparme. ¿Pero qué podría ser? Aunque no tenía idea de la mecánica de los aviones, estaba convencida de que el mío funcionaría bien. Nunca me había subido a un transporte tan grande, tan sólido y tan limpio. La motocicleta de mi hermano mayor, por ejemplo, no era más que una muía llena de chipotes y rayones. Quién sabe si tenía todos los tornillos en su lugar. En comparación con esa motocicleta, el aparato de «Interflug», que seguramente era «made in Germany», me daba mucha confianza.

Cuando ajusté con fuerza el cinturón de seguridad, sentí un gran alivio porque a partir de ahora no era responsable de nada de lo que pudiera pasar. Tomé el agua que me sirvieron en un vaso y me quedé dormida. De vez en cuando sentía el frío de la ventana en mi sien izquierda y despertaba.

En Berlín me recogieron dos jóvenes. Al principio me sorprendí un poco porque parecían norteamericanos. Pero cuando me saludaron en ruso me tranquilicé:

—¡Bienvenida! ¿Cómo estuvo el viaje con nuestro Interflug?

Uno de ellos tomó mi maleta. Pareció sorprenderse quizá porque era inesperadamente ligera. El otro intentó meter los dedos índice y medio dentro de los bolsillos delanteros, que en realidad no existían, de sus pantalones de mezclilla. Al mismo tiempo, observaba los botones de mi blusa blanca. Cuando nuestra mirada se cruzaba, sonreía en forma maliciosa. En ciertas calles de Saigón había jóvenes impertinentes que sonrían de manera similar y llevaban pantalones de mezclilla que estaban hechos en Tailandia o en la RDA, y que miraban todo el día a los transeúntes en lugar de ir a trabajar. Yo me preguntaba si este hombre era realmente miembro del Partido. Nuestras miradas se encontraron de nuevo y él sonrió esta vez en forma más decente.

Berlín era una feria de exposiciones de palacios antiguos. Si existiera la inflación de ruinas como existe la de dinero se vería más o menos así. Edificios hermosos que se repetían hasta el cansancio y parecían pretenciosos y solitarios. A pesar de la belleza de la arquitectura, la ciudad no era rica porque no había comida a la venta en la calle: no había puestos de sopa de pasta, ni mercados de fruta, ni una vendedora de cocos. No olía a nada comestible. Mi tío me había dicho antes de mi partida:

—¡Lástima que no te han invitado a Hungría o la República Checa! En Bulgaria también habría sido rico. ¡Pero en Alemania!

Al principio estaba un poco enojada por las palabras de mi poco confiable tío pero quizá tenía razón. La gente en Hungría y República Checa sabía cómo se produce buen pimiento y sabía cocinar bien. En Bulgaria no solamente se podían comer buenos pepinos, tomates y yogur, sino también uno podía bañarse bien, con agua caliente o fría, como uno quisiera, dijo mi tío. Él tenía una motocicleta checa

muy ancha color marrón que le había comprado a un militar y que él mismo había reparado. La limpiaba con regularidad y estaba muy orgulloso de ella. Sin embargo, mi hermano mayor les decía con menosprecio a sus amigos:

—¡Miren, esta motocicleta es el Buda checo y gordo de nuestro tío!

Por su lado, mi tío despreciaba la pequeña y vieja Moped Honda que mi hermano había comprado usada en el mercado. No era una moto para hombres, decía el tío.

Mi presentación había sido planeada para el día siguiente. Yo estaba invitada para quedarme en el hotel durante otras cinco noches. Nunca había visto un hotel tan enorme. Era como una colmena, había incontables ventanas, de afuera no se podía ver si estaban abiertas o cerradas. Me acordé de otro tío que había estudiado agronomía aquí y que al regresar a casa había muerto. Al lado del hotel se elevaba hacia el cielo una enorme estatua que parecía una flor de berro. Su esfera brillaba como el techo de un templo tailandés.

—Esta torre es cuarenta y cuatro metros más alta que la torre Eiffel —dijo uno de los jóvenes anfitriones.

Y el otro añadió riéndose:

—Pero su raíz es corta.

—¿Han estado alguna vez en París? —pregunté.

Los dos menearon la cabeza al mismo tiempo de izquierda a derecha. Luego los tres nos echamos a reír a carcajadas sin saber por qué.

En la recepción del hotel trabajaba una mujer, que parecía directora de escuela. Nos dio la llave y explicó algo en alemán que inmediatamente uno de los hombres tradujo para mí en ruso.

—Hoy hay un concierto de un grupo de rock ruso en el restaurante del hotel. Es gratuito. Quizá usted quiera asistir.

Él me mostró el final del corredor tenebroso donde debía estar el restaurante. Entonces nos despedimos hasta el

día siguiente. Mis cuidadores querían pasar por mí al hotel a las nueve para llevarme al lugar del evento. Yo tenía hambre. Apenas desaparecieron los dos por la puerta del hotel, me apresuré hacia el restaurante. Todavía estaba cerrado. «Abierto de 18:00 a 22:00 horas». Incluso un hotel lujoso no podía permitirse aquí servir comida más de cuatro horas durante el día. El abastecimiento de alimentos no parecía funcionar en forma óptima en este país. Me fui a mi habitación que se veía ordenada, limpia, aseada y pulida. Olía a limpiador químico.

Saqué mi manuscrito de la maleta. A pesar de haber practicado todos los días durante una semana con mi maestro de ruso para leer en voz alta el ensayo, de repente no podía recordar una sola línea. Leí todo el manuscrito en voz alta. En una tierra lejana la propia escritura parecía inverosímil.

A las seis en punto salí de mi habitación para visitar el restaurante del hotel. La puerta del restaurante ya no estaba cerrada, pero todavía no había ningún huésped. Después de un rato un mesero malhumorado me trajo un menú bilingüe, en ruso y alemán. Como ya no regresó me levanté y caminé hacia la cocina para buscarlo. Entre las grandes ollas y recipientes brillantes y plateados vi al mesero leyendo una revista.

—Quiero ordenar una sopa y una ensalada —le dije en ruso.

—NIET. No tenemos eso.

—¿Qué hay entonces?

—Bistec.

—Pero no quiero comer carne. ¿Puedo pedir sólo papas?

El mesero se levantó y desapareció en la parte trasera. No sabía si eso significaba esperanza o renunciar a las papas.

Sobre el escenario apareció un hombre con caderas estrechas que parecía un marinero y empezó a afinar su guitarra eléctrica. Estaba vestido con un pantalón acampanado verde y una camisa ceñida de material plástico que brillaba despreocupadamente, estampada con un diseño de girasol. Caminaba dando grandes zancadas, de otra manera quizás los cables que estaban sobre el piso como una familia de serpientes lo hubieran atrapado. Sus zapatos eran angostos, afilados y de un color blanco como el de una cierta clase de tofu dulce que se comía en China como postre. Otro músico de pelo negro apareció. Era exactamente igual al Nikita de mi libro de texto de idiomas con ilustraciones.

—¿Está Nikita en casa?

—No, no está en casa.

¿A dónde se habría ido Nikita, si ya no estaba en casa?
¿Se habría ido a Alemania, igual que yo?

—¿Cuándo regresa a casa?

—No lo sé.

Las frases de ejercicios de mi libro de texto volvieron a mi cabeza. Siempre he tenido buenas calificaciones en ruso, pero existía una regla gramatical que abominaba físicamente: la negación del genitivo. Lo que estaba ausente ya no podía estar en el nominativo, como si ya no fuera un sujeto.

Aparte de mí todavía no había ningún otro huésped en el restaurante. Nikita miró alrededor de la habitación distraídamente, recorriéndome con la vista. Yo sólo era como un mueble, como una silla o una mesa. Otro hombre con una camisa café se subió al escenario y tomó su bajo eléctrico bajo los brazos. A mi hermano menor le hubiera gustado tener la experiencia de este concierto. Habría arrancado de la pared el cartel de los Sputnicks que mi padre le había regalado y en su lugar habría colgado el cartel que presentaba a una banda de rock sudada bajo una ducha de iluminación multicolor.

Los músicos terminaron con la prueba de sonido y se retiraron detrás del escenario. Mis papas aún seguían sin llegar. Quizás por su ausencia ya se habían transformado en el genitivo no comestible.

La sala parecía extrañamente familiar. Se asemejaba a un salón gubernamental de recepciones de Saigón. Si no hubiera faltado la comida, me habría sentido como en casa. Pronto entró un grupo grande de turistas rusos y se diseminó un ambiente animado.

Las papas seguían ausentes. En lugar del mesero, un reno apareció frente a mis ojos. El animal estaba tejido en el suéter de un hombre joven cuyo pelo rubio había crecido hasta los hombros.

—¿Me puedo sentar contigo? —me preguntó en ruso con un acento inusual.

Apenas asentí se sentó a mi lado.

—¿De dónde eres? Me tuteó, a pesar de que todavía no nos conocíamos.

—De Vietnam.

Sonrió extrovertidamente y dijo que venía de Bochum. A pesar de que yo no le había preguntado nada. Nunca había escuchado el nombre de «Bochum». Sonó más bien como una tos, no como el nombre de una ciudad.

—¿Bochum está cerca de Berlín?

—Aproximadamente a seis horas en tren, creo.

—Eso quiere decir, en la frontera con la República Checa

—No. La frontera más cercana es Holanda, creo.

Sabía por supuesto que existía un país que se llamaba Holanda, pero el mapa europeo en mi cabeza tenía puntos ciegos. Veía Rusia y Polonia claramente, pero todo lo que se situaba más al oeste de Berlín era borroso porque ahí soplaban un viento de desierto arenoso. Francia también debía encontrarse en alguna parte. Era un país que nos había invadido durante un tiempo y por lo tanto se abordaba en la materia de Historia. Mis bisabuelos del lado materno su-

puestamente podían hablar francés, y mi madre y algunas de mis amigas de la escuela tenían un anhelo difuso por ese país.

El hombre joven pidió vodka para nosotros. Yo nunca había tomado vino, pero ya había probado vodka porque de vez en cuando se lo daban a mi papá como regalo del Partido y lo llevaba a casa. Una vez nos mostró las etiquetas en la botella de vodka y comentó:

—La terminación de Stolichnaya es igual que la de Moskovskaya, una terminación femenina.

—¿Por qué femenina?

—Porque el vodka es femenino.

—¿Nunca se le da un nombre masculino a un vodka?

—Sí. La familia Gorbachov, que huyó de la Revolución en 1921 y se fue a Berlín, produjo un vodka que se llamó Gorbachov.

—¿Por qué justamente el secretario general del partido comunista huyó de la Revolución?

—No era este, ése era otro.

—¿Y por qué huyó ese otro Gorbachov de la Revolución?

—Como era muy rico y egoísta, no quería compartir su riqueza con los demás.

—¿Por qué se fue a Berlín?

—No lo sé.

El estudiante de Bochum se llamaba Jörg. Había estudiado durante un año literatura rusa en Moscú. Ahora, en el viaje de regreso a casa, quería visitar «Berlín Oriental». ¿Por qué en lugar de simplemente decir «Berlín», decía «Berlín Oriental»? En ese momento, como en un destello, se me ocurrió que ese «Bochum» quizá se encontraba en la zona ocupada por los estadounidenses. Gracias al vodka podía ya oír el latido de mi corazón que se volvió cada vez más rápido y audible.

—¿Tus padres ya están dormidos en la habitación? — me preguntó.

—Ellos están en su casa en Saigón.

—¿Viniste a Berlín sola?!

—¿Me veo tan joven? Hay mujeres de mi edad que ya tienen hijos.

Jörg me miró con asombro, acabó su vodka sin decir ni una palabra y ordenó otro vaso. Me arrepentí de lo que había dicho y añadí:

—Por supuesto que es una excepción. Las mujeres intentan casarse lo más tarde posible, y la mayoría de las veces sólo tienen un hijo.

Esa es la política de población de hoy en día, lo cual me parece razonable. Sin embargo, Jörg daba la impresión de no tener ningún interés en la política vietnamita y observaba atentamente la costura de mi blusa blanca. El mesero, que no me había traído ningunas papas, nos trajo un vodka tras otro. Probablemente todas las papas se habían transformado en vodka. En el Primer y en el Tercer Mundo existía una política en la cual el pueblo era anestesiado con alcohol y otras drogas para no percatarse del hambre. Pero yo me hallaba en el Segundo Mundo. ¿Por qué solamente me daban vodka en lugar de papas?

Jörg hablaba del museo de Pérgamo. Yo le quería preguntar si era cierto que existía una especie de ave que se llamaba Pérgamo, pero su lengua se movía cada vez más lenta y torpemente. Ya no podía entenderlo y me aburría.

—Me voy a dormir —le dije.

En ese momento me tomó por el brazo derecho con dedos que parecían alicates, y me susurró al oído:

—Mañana nos vamos juntos a Bochum.

—No, bajo ninguna circunstancia —le contesté.

Jörg apretó sus labios contra mi lóbulo y preguntó:

—¿No quieres ser libre?

Su aliento era una exhalación de vodka.

—¿Por qué de repente hablas de libertad? ¿Qué tiene que ver Bochum con ella?

En ese momento la electricidad sacudió el aire a nuestro alrededor. El bajo y la guitarra eléctrica llenaron el cuarto con un ruido como el de una gran obra en construcción, y el preludio para «Katjuscha» comenzó. Vi cómo la boca de Jörg se abría y cerraba. Seguramente decía algo, pero los sonidos eléctricos pulverizaban sus palabras enseguida. Dije que no podía escuchar nada, pero ni siquiera podía escuchar mis propias palabras. Seguimos discutiendo con intensidad, sin que nos pudiéramos entender acústicamente el uno al otro. Sobre una gran tela roja colgada sobre el escenario decía «Paz para el mundo» escrito en ruso. De pronto las letras contrastaban de manera cada vez más clara con el fondo, pero en un momento se esfumaron de nuevo. Cuando la pieza terminó, ya solamente escuché latir mi corazón. Recordé el hecho de que ahora me encontraba por primera vez en el extranjero. A esto se añadía el hecho de que un hombre desconocido de la parte enemiga del mundo me hablaba con insistencia de cosas ininteligibles. Para que mi corazón no latiera aún más rápido y saltara fuera de mi boca, levanté el vaso y acabé mi vodka de un jalón. Jörg dijo con su lengua tambaleante:

—Es una lástima que una mujer tan talentosa como tú viva en el este.

—Me invitaron a Berlín, no a Bochum.

No era fácil decir algo en contra de Bochum, ya que no tenía ninguna idea de esa ciudad. Quizá podría insinuarle que no había tenido un significado revolucionario en la historia del mundo o que no había producido ningún autor conocido que se conociera en Vietnam.

—¿Por qué no quieres venir conmigo?

Los ojos de Jörg se empañaron con una telaraña roja. Los músicos comenzaron a tocar de nuevo, esta vez con sensibilidad.

—Pienso que la vida no tiene sentido si no me gusta la comida —dije.

—Te acostumbrarás en seguida —respondió Jörg.

—No puedo hablar alemán.

—Lo aprenderás rápido.

Como ya no sabía qué más decir, simplemente grité:

—¡Quiero irme a casa! ¡A casa! ¡A casa!

Eso es lo que todavía recuerdo. Entonces el cantante del grupo levantó la voz y cantó:

—¡Rossia, Rossia, Rossia, mi patria!

Y las olas enormes de la melodía se tragaron mi consciencia.

No podía recordar lo que había sucedido después. Cuando desperté, estaba acostada sobre el cuadrado de una sábana blanca. Al pie de la cama estaba parado Jörg y sonreía. Mi cuerpo se sentía pesado, se hundió más en la parte suave del colchón. En la pared colgaba un cartel de los Sputnik. Los marcos de las ventanas parecían extrañamente cuadrados. Aunque las ventanas también eran normalmente cuadradas en Vietnam, esta era la primera vez que me llamaban la atención en forma desagradable. ¿Cuándo me había desmayado? ¿Hacía un día? ¿Hacía una semana? ¿Hacía aún más tiempo? El tiempo perdido sólo se sentía en el cuerpo en forma de cansancio.

—¿Dónde estamos ahora?

—En el Occidente.

Pensé que se refería a Berlín Occidental. Así que le dije:

—Entonces tengo que ir rápidamente al Este en tranvía. No quiero llegar demasiado tarde a la asamblea.

—No puedes ir a Berlín hoy. Estamos en Bochum.

Cuando me dijo esto, sentí como si en mi cabeza se abriera una botella de champagne que antes había sido sacudida con fuerza. A lo lejos estalló el sonido de una sirena. Tardé unos segundos en darme cuenta de que se trataba de mi propia voz. Cuando la cara de Jörg reapareció en mi campo de visión grité en ruso:

—¡Quiero irme a casa, a casa, a casa!

En la lengua extranjera esto sonaba a mentira. Luego lloré porque tenía miedo del silencio. Y así casi se me olvidó por qué estaba llorando, y para cerciorarme de la situación de nuevo repetí:

—¡Quiero ir a casa!

Jörg se quedó callado todo el tiempo con las cejas contraídas. Pronto dijo suavemente:

—De aquí no puedes ir al extranjero. No hay aeropuerto en Bochum. Además existe una razón de porqué es mejor que te quedes acá.

—¿Cuál?

—En tu vientre se encuentra mi niño. Sería más inteligente si primero formamos una familia feliz y luego visitamos juntos a tus padres. Seguramente no quieres regresar sola con esta barriga, sin antes haber hecho tu contribución para la asamblea.

Me incorporé, pero no sabía hacia dónde debería moverme. Mis pies estaban fríos. Sobre el escritorio vi unas tijeras puntiagudas. ¿Qué cortaba Jörg con unas tijeras tan grandes?

—¿Qué quieres comer?

—Phor.

—¿Qué?

—Un tipo de fideo.

—¿Qué tipo?

Como no podía explicar en ruso que hay que cocinar fideos de arroz alargados y delgados en agua, agregar limón verde, brotes de soja crudos, citronela, guindillas, alpiste y remojar todo en un caldo, resumí el proceso de cocción brevemente:

—Sopa, fideos y verdura cruda, todo junto.

Jörg salió de la casa y me dejé caer nuevamente sobre la cama con la esperanza de que el sueño pudiera deshacer lo ocurrido.